



Vidas Ejemplares
Sergio Gómez 62
La Patrulla de Stalingrado
Radomiro Spoto 50
La Señorita Kitty
Alejandro Sieveking 34

por Javier Edwards R.

PROVENIENTES de distintas generaciones, con currículum literario de diversa envergadura y presentando historias igualmente diferentes, Gómez, Spoto y Sieveking aparecen en el escenario de lo publicado con tres novelas de mediano aliento que exploran sensibilidades, realidades y ambientes de un Chile que, en el curso de estos últimos cinco años, se ha venido convirtiendo en material narrativo más por el ímpetu de editores, que por la fuerza o sustancia de los relatos; más por la necesidad de abrir y explotar el mercado de los libros, que por la de decir y escribir lo que no se puede callar.

¡Saludable tanta palabra impresa, tanta portada llamativa, tanto título bien pensado! Si, en la medida que se manifieste como vía para crear y enseñar un espacio en que, de tanto en tanto, pueda surgir algo decisivo, una forma de decir, de ver, que marque una revolución, un hito, una identidad que revele un desacuerdo, una evolución, una contribución a nuestra cultura literaria. Así ha sucedido en Italia, España, Inglaterra y Alemania, donde el afán editorial y la voracidad de escritores ha sido tal que, bajo una selección precisa, permitió la aparición y selección de escrituras poderosas como las de Tabucchi, Barnes, Handke o Marías, por citar arbitrariamente a algunos.

Aquí, sin embargo —como también en Francia y en algún otro país latinoamericano—, las editoriales más bien han abierto las puertas a quien desee entrar y, priorizando la aparición de un nuevo título que agite el mercado, han olvidado la indispensable selección precisa que hace de la escritura el difícil parto de la obra que llega a ver la luz. Para nosotros, la medida ha sido la mera corrección formal, la suficiencia expresiva de textos literarios que siguen el arte gramatical o lo transgreden con evidente intencionalidad —lo que también es literario—, y con ello sólo se ha logrado una avalancha de textos correctos y rápidos, en los que el lenguaje no dice, sino que anuncia, y las historias no hablan, sino que murmuran, como en borradores, lo que debería haberse dicho después de un trabajo mucho más reposado. Así, salvo los casos precisos de algunas escritoras (Ellit, González Valdenegro, Ma-



Esa Insoportable Levedad...

Tres libros de Editorial Planeta (Colección Biblioteca del Sur, Santiago, 1994) que pese a discurrir con fluidez no logran calar hondo en el mundo que describen.



turana, Del Río) y menos escritores (Colliver, Contreras, Urbina), la mayor parte de lo que se está publicando es el resultado leve, exagerado, mínimo, de una literatura local y sin fuerza que difícilmente llegará a traspasar nuestras fronteras inevitables (cordillera, océano, desierto y huesos australes).

Si bien las tres novelas que me ocupan no pretenden sentar una mirada sobre el mismo escenario, tienen en común el abordar sus historias con una levedad que, como en el texto de Kundera, se vuelve insoportable. Y es que estos tres relatos —no obstante discurrir con fluidez— no logran calar hondo en el mundo que describen, tampoco desarrollar personajes con algo más que una pincelada psicológica ni, por último, crear un lenguaje que se imponga por sobre su localismo espacial y temporal.

Vidas ejemplares, de Sergio Gómez, el más joven de los tres escritores, es un texto que se desborda por la acción, por los múltiples cabos sueltos que quedan en suspenso del relato, por la cantidad de referencias que enganchan la historia con nuestro tiempo y una generación determinada („X“, ¿perdida?), por un número de personajes que se quedan en la exterioridad de su apariencia y que no llegan a revelar un fondo o la idea completa de un carácter. De alguna manera, Vidas ejemplares es la mejor de estas tres novelas porque, aunque inacabada y apresurada, tiene la autenticidad de una visión que se lanza sobre el efecto que tiene en la nueva generación de escritores, el lenguaje de imágenes provenientes del cine y la televi-

sión, como, asimismo, la irrupción de ese consumismo que invade las vidas bajo el imperativo de marcas y objetos que se vuelven indispensables. Mala la historia de Karen Kascuán, nacida bajo el signo de acurde, efímera y demasiado local; bueno, sin embargo, el juego formal de introducir en ella un lenguaje que se construye a partir de elementos que hasta ahora no habían sido descubiertos como ejes de sentido en la cultura chilena. Por citar a algunos, Cat Stevens, la simpática Olivia (Newton-John, por supuesto), Miami como ciudad inevitable, el Chevrolet Corsica, una camisa Polo y esos cosméticos Avon que han vendido, puerta a puerta, tantas mujeres de nuestro país.

Radomiro Spoto, por su parte, aparece con una novela dispareja en la que lenguaje, historia e intención del relato no se ponen de acuerdo, tal vez porque sus 208 páginas son excesivas para lo que finalmente se dice o porque debieron esperar esa enésima lectura que pulse, selecciona y da forma definitiva a lo que se pretende como obra. Así, en La patrulla de Stalingrado nos encontramos con la trasnochada aventura de cuatro bohemios „compinches“ que, después de sepulir al quinto integrante del grupo, deciden realizar un catártico periplo por la noche santiaguina. En este viaje por bares y prostíbulos, de lenguajes desligados, precauciones varias (que no están mal si se cuentan bien) y ciertos momentos de dilatada reflexión histórica („necesaria tanta información“), el lector queda con un estorbo avinagrado y con la sensación de haber aprendido dos o tres palabras nue-

vas, legados que, de ningún modo, llevan a sentir que los integrantes de dicha patrulla son algo más que un pretexto para ejercitar cierta pirotección expresionista.

Por último, La señorita Kitty, del conocido dramaturgo Alejandro Sieveking, nos muestra también otro leve y correcto ejercicio literario, sin demasiado fondo ni sustancia, una incursión formal, un rápido plumazo para ocupar ese espacio editorial que parece estar diciendo: „Venga, intente. La narrativa —novela y cuento— es el laboratorio fácil para sus pretensiones de escribir“. Entonces, en el medio de los avatares de una pareja como tantas —un Osvaldo y una Mercedes que podríamos ser muchos de nosotros—, el recurso a una serie de elementos hiperdramatizados (la gata Kitty, como gran emblema), de ironías y exageraciones por doquiera, la presencia constante de lo anecdótico y una sociología poco clara de humor negro y bores no dejan ver el bosque y a que La señorita Kitty no sea más que una novela rápida, de lectura veloz y de olvido instantáneo.

En definitiva, tres novelas entre otras de igual naturaleza, mejor escritas que varias de sus primas, pero, desgraciadamente, sin nada permanente, sin algo que quede, sin el anuncio o la promesa de que nuestra narrativa más reciente pueda llegar a dar un golpe definitivo, transformando algo, dejando la sensación de que puede estar produciéndose un cambio, una palabra que esté diciendo, que esté de verdad significando. ■

El Mercurio 20/11/1994 p. 26 y 7530

Esa insoportable levedad -- [artículo] Javier Edwards R.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Javier

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Esa insoportable levedad -- [artículo] Javier Edwards R.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile